

Todo esto con mil elogios delicados, y con dos ó tres versos citados á tiempo; añadió que mi maestro Astier estaba encantado, y que le había encargado que me lo dijera para el caso de que no pudiera dejar sus archivos.

Encendido por costumbre, torné en morado, como después de una comida de caza; pero pronto desapareció mi alegría ante las confidencias que la buena señora vióse obligada á hacerme sobre los apuros de su situación. Pérdidas de dinero, mil desgracias, el maestro trabajando día y noche en sus libros históricos de producción lenta y costosa, y que el público no compra; ¡y luego el abuelo, el viejo Rehu, á quien hay que ayudar, porque á su edad no cuenta más que con las dietas de la Academia! ¡Noventa y ocho años, y cuántos miramientos y cuánto mimo!

Indudablemente, Pablo es sin duda un buen hijo, trabajador, y que está en camino de llegar á ser algo; pero son terribles los comienzos de las carreras. Por esto la señora Astier le oculta su miseria, lo mismo que á su marido, pobre grande hombre, cuyos pasos tranquilos y pausados sentía yo encima de mi cabeza, y

mientras su mujer con los labios temblorosos, con palabras que no encontraba, me preguntaba si podría...

Ahora te explicas, mi cara hermana, el telegrama que habrás recibido hace poco, y para quién son los diez mil francos que te pido á vuelta de correo. Supongo que habrás enviado en seguida á casa de Gobineau. No le he avisado directamente, porque tú y yo vamos «á medias» en todo, y nuestros movimientos de generosidad y de compasión deben sernos comunes, como todo lo demás.

Querida hermana, son espantosas esas fachadas de París, brillantes y gloriosas, y tras de las cuales se ocultan tantos dolores.

Cinco minutos después de esas conmovedoras expansiones, llenóse de gente el salón; y ya la señora Astier contestaba y departía con una perfecta ecuanimidad, con voz tan segura y aspecto tan tranquilo, que me dejaron estupefacto.

He visto allí á la señora Loisillón, la mujer del secretario perpetuo, que más valdría que estuviese junto á su enfermo, que de visita, aburriéndonos y contándonos las delicias de su hermoso cuarto con tres piezas más que en tiempo

de Villemain. Lo menos nos lo ha repetido diez veces, con la voz pesada de un voceador de su-
bastas, y esto delante de una amiga que vive
modestamente y junto á una antigua mesa de
comedor de casa de huéspedes.

En cambio es completamente distinta la se-
ñora Ancelín, nombre que citan frecuentemente
los periódicos del gran mundo; es una buena
señora, gruesa y rechoncha, la cara encendida
y aniñada, que emite las palabras con tonos de
flauta; una persona muy amable. Me ha dicho
que ha pasado también la noche leyendo mi
libro. En el fondo quizá se trata de una fórmula.

Me ha ofrecido su salón, uno de los tres que
frecuenta y en que se agita la Academia. Piche-
ral diría que la señora Ancelín, loca por el tea-
tro, recibe con gusto á los académicos come-
diantes, mientras la señora Astier prefiere á los
Petdeloup y la duquesa Padovani acapara á los
duques, la *high-life* del Instituto. En resumen,
los tres salones de gloria y de intriga se abren
los unos detrás de los otros, porque he visto
desfilan en la calle de Beaune un surtido variado
de inmortales de todas clases; Danjou, autor
dramático, Rouse, Boissier, Dumas, de Bre-

tigny, al barón Huchenard, de Inscripciones y
Bellas Letras, y al príncipe Athis, de Ciencias
Morales y Políticas. Hay un cuarto salón que
está formándose, el de la señora Eviza, una
judía de mejillas hinchadas y de ojos largos y
estrechos, que coquetea con todo el Instituto,
cuyos colores lleva con bordados verdes en su
traje primaveral, y un sombrerito con alas de
caduceo... Es un coqueteo que llega á lo incon-
veniente. Le oí decir á Danjou invitándole:

—En casa de la señora Ancelín se pára: aquí
se come; en mi casa se ama.

—Las dos cosas me convienen, casa y mesa,
contestó fríamente Danjou, que con su fisono-
mía dura é inmóvil y su barba negra y recia
de pastor del Lacio, me hizo el efecto de un cí-
nico en toda la extensión de la palabra.

Es una mujer que habla bien la señora Evi-
za, con una erudición imperturbable, citando al
viejo Huchenard párrafos enteros de sus *Habi-
tantes de las cavernas*, lo mismo que discutiendo
sobre el poeta Shelley con un jovencito, crí-
tico de revista, correcto y seriamente grave, con
el cuello alto y su barba en punta.

En mi juventud se partía de los versos para

ir á todas partes, á la prosa, á los negocios, al foro; ahora se empieza por la crítica, y, generalmente, por una crítica sobre Shelley.

La señora Astier me ha presentado á ese caballero, cuyos juicios son de peso en el mundo de las letras. Mi bigote recio y mi tez de soldado trabajador le deben de haber gustado poco, porque no hemos cruzado más que algunas palabras, en tanto que yo estudiaba la comedia de los candidatos y de las mujeres ó parientes de los aspirantes que iban á dejarse ver y tantear el terreno, porque Ripault-Babin es muy viejo y Loisillón no puede durar mucho, y son dos sillones académicos en perspectiva, alrededor de los cuales se atraviesan miradas furiosas y medias palabras envenenadas.

Dalzón, ya sabes, tu novelista favorito, estaba también: bueno, franco, y de espiritual fisonomía como su talento. Pero hubieses sufrido al verle humilde y tembloroso ante un incapaz como Bretigny, que nada ha hecho y que ocupa en la Academia el sillón reservado al hombre de mundo, y no sólo ante Bretigny, sino ante cualquier académico que entraba; y cómo se mostraba atento á las historietas del viejo

Rehu, riéndose del más insignificante chiste de Danjou, con la risa estudiantil y acobardada que Vedrine en el colegio de Luis el Grande llamaba reirse con el profesor. Todo esto para ganar algo sobre los doce votos que tuvo el año pasado, y así al fin obtener la mayoría necesaria.

El viejo Juan Rehu apareció un instante en casa de su nieta, fresco y lozano, erguido y medido en su larga levita, con la cara pequeña y chupada, como si hubiese caído en el fuego, la barba corta y algodonada como el moho de la piedra vieja.

La mirada es viva y la memoria admirable; pero es sordo, y esto le entristece y le condena á monólogos de recuerdos interesantes y personales.

Hoy nos contó el interior de la casa de la emperatriz Josefina, en la Malmaison, de su paisana, como él dice, porque los dos nacieron en la Martinica. Nos la ha pintado entre muselinas y chales, oliendo á almizcle hasta derribar de espaldas, rodeada de flores de las colonias, que hasta en tiempo de guerra galantemente dejaban pasar las escuadras enemigas.

Nos habló también del estudio de David du-

rante el Consulado, describiéndonos al gran pintor, con las mejillas hinchadas y la boca torcida, tuteando y tratando duramente á sus alumnos.

Al final de cada descripción, aquel viejo testigo de tantas cosas, con un movimiento de cabeza, miraba á lo lejos, y en voz fuerte exclamaba:

—¡Yo mismo lo he visto, yo!... Como si pudiera un certificado de autenticidad al pie de cada cuadro por él descrito.

Debo decirte que, salvo Dalzón, que hipócritamente bebía sus palabras, yo era el único en el salón á quien interesaban los cuentos del patriarca, mucho más interesantes para mí que las historietas de un tal Gavaux, periodista, bibliotecario y no sé qué más, pero espantosamente hablador y bien enterado de todo.

En cuanto llegó...

—¡Ahí está Gavaux!

Y á su alrededor se formó un corro, en que todo el mundo reía y charlaba.

El más cejijunto de los inmortales se deleita con las anécdotas de ese hombre grosero, con aspecto de canónigo, recién afeitado, la cara rubicunda y los ojos amarillentos, que mezcla

sus chismes y sus discursos con frases como:—Decía yo á De Broglie...—Dumas me contaba hace unos días...—Esto lo sé por la Duquesa..., subrayando los nombres y los chistes de todas clases, y mimado por todas aquellas señoras á las que pone al corriente de todas las intrigas académicas, literarias ó de sociedad, sobrino de Danjou, que le tutea, amigo del príncipe de Athis, con el que entró, tratando á Dalzón por encima del hombro, lo mismo que al joven crítico de Shelley; en una palabra, con una fuerza y una autoridad que no acabo de explicarme.

En el cúmulo de anécdotas que sacaba de sus inagotables alforjas, y que en su mayor parte eran charadas para mi ingenuidad provincial, una me ha llamado la atención: lo sucedido á un joven guardia noble, el conde Adriani, que debiendo pasar por París con el Ablegado para llevar á no sé quién el birrete y el capelo cardenalicios, se había dejado las dos insignias en casa de una hermosa ave de noche con quien había tropezado en el preciso instante de bajar del vagón, y de la cual el pobre muchacho, perdido en París, no sabía el nombre, ni las

señas, viéndose, por tanto, obligado á escribir á la corte de Roma para reemplazar las dos insignias sacerdotales que á la chica en cuestión no dejarían de molestarla. Lo gracioso es que ese condesito Adriani es el sobrino del Nuncio, y que en la última reunión de la Duquesa (aquí dicen simplemente Duquesa, lo mismo que en Mousseaux) contó su historieta con la mayor inocencia y en un delicioso idioma que Lavaux imita exactamente.

—En la estación, Monsiñor me dijo: «Pepino: lleva el birrete;» yo tenía ya el capelo, que con el birrete eran dos bultos...

Todo esto moviendo los ojos de joven y ardoroso pontificio como asombrado ante la joven y desconocida, diciendo:

—¡Cristo, qué hermosa eral!

Risas y murmullos.

—Perfecto: ¡oh! ¡qué Gavaux!...

Pregunté á la señora Ancelín, que está á mi lado:

—¿Quién es este señor Gavaux? ¿Qué hace?

La buena señora se quedó estupefacta.

—¿Gavaux? ¿No lo conoce usted? ¡Es el corzo de la Duquesa!

Y diciendo esto, se fué del lado de Danjou. Quedé enterado.

Este mundo parisiense es extraordinario: cada seis meses se renueva su vocabulario. ¿Corzo? ¿Qué querrá decir esto?

Pero noté que mi visita era más larga que lo debido, y que mi maestro Astier no bajaba. Había que marcharse.

Me deslicé entre los sillones para saludar á la señora de la casa; de paso vi á la señorita Moser, que lloraba sobre el chaleco blanco de Bretigny.

Hace diez años que presentó su candidatura el pobre Moser, y, desesperanzado ya, ha perdido los ánimos y envía á su hija, una chica ya madura y que pasa todas las penas del mundo, sube escaleras, se transforma en recadera para los académicos y sus mujeres, corrige pruebas, cuida los reumas de unos y otros y gasta su triste soltería en perseguir el sillón que su padre nunca alcanzará. Vestida de negro, modesta, mal peinada, ocupa toda la puerta y no deja salir á nadie de la habitación, no lejos de Dalzón, que, muy irritado, se agita entre dos académicos que tienen aire de juez y protesta con voz ahogada:

—No es verdad... ¡Es una infamia! Nunca he escrito semejante cosa.

¡Otro misterio! Y la señora Astier, que podría informarme, está conferenciando íntimamente con Gavaux y el príncipe de Athis.

A éste debes haberle visto en coche con la Duquesa por Mousseaux. Samy, como le llaman, uno alto, calvo, muy encorvado, la cara arrugada, y blanco como la cera y la barba negra, que le llega al pecho, como si todo el cabello que le falta le hubiese caído en la barba. Es un hombre que no habla, y cuando le mira á uno parece escandalizarse de que haya quien se atreva á respirar el aire que él respira. Ministro plenipotenciario, reservado, sutil, género inglés—es sobrino del difunto Palmerston—está muy bien visto en el Instituto y en el ministerio de Negocios extranjeros. Dicen que es el único diplomático nuestro á quien no se atreve Bismarck á mirarle á la cara. Y dícese que está á punto de ocupar una de nuestras grandes embajadas. ¿Qué hará la Duquesa? ¿Dejará París para irse tras de él? Cosa muy grave sería para una parisiense como ella.

Además, ¿admitirán en el extranjero su unión

equivoca y francamente confesada, y consagrada aquí gracias al respeto, al qué dirán y al triste estado del Duque, hemipléjico, y con veinte años más que su mujer, que además es su sobrina?

Indudablemente, el Príncipe hablaba de estos asuntos serios con la señora Astier y con Gavaux cuando yo me acerqué á ellos. Como nuevo entre ellos, noté en seguida cuán poco al corriente estoy de las palabras y de las ideas; resultaba allí un importuno, y ya me iba cuando la buena señora Astier me llamó.

—Suba usted á verle: le agradecerá mucho.

Subí á ver á mi viejo maestro por una escalera interior. Oí su voz desde el fondo del corredor:

—¿Es usted, Fage?

—No, mi buen maestro.

—¡Calle, Freydet! Tenga usted cuidado, baje la cabeza.

Con efecto, era imposible estar de pie en aquel camaranchón. ¡Qué diferencia con los archivos del Ministerio, donde le ví la última vez, en aquella alta galería llena de expedientes!

—Una perrera, ¿verdad? me dijo el excelente

hombre sonriendo; ¡pero si usted supiese cuántos tesoros!...

Y con la mano me señalaba un armario que lo menos encerraba diez mil piezas de autógrafos rarísimos, coleccionados por él en estos últimos años.

—Hay mucha historia ahí dentro, repetía agitando su lente: historia nueva y sólida, aunque no quieran.

En realidad, me pareció sombrío y nervioso. Y es que han sido muy duros para con él. Primero con su brusca destitución, y luego, al verle que continuaba publicando libros de historia con muchos documentos, le han achacado que ha sacado documentos de la colección Borbón, calumnia que ha salido del mismo Instituto, del barón Huchenard, que se hace llamar el príncipe de los bibliófilos y autográficos franceses, y á quien llena de envidia la colección Astier.

De ahí una guerra hipócrita y salvaje, llena de perfidias y de ataques ocultos.

—Hasta mis *Carlos V* me niegan ahora. ¿Y por qué yo pregunto. Por un *lapsus*, una equivocación. Poner maestro Rabelais en vez de

hermano Rabelais. ¡Como si la pluma de los Emperadores no hiciese borrones! ¡Mala fe, yol..

Y viendo que yo me indignaba con él, mi buen maestro, cogiéndome por las manos, me dijo:

—Dejemos estas naderías. ¿La señora Astier le habrá hablado á usted de su libro? Mucho hay para mi gusto, pero no importa. Estoy satisfecho.

Eso de lo cual hay tanto en mis versos, es lo que él llama la mala hierba, la imaginación, la fantasía. Ya en el Colegio tenía guerra declarada á todo esto, arrancando por aquí y desplumando por acá.

Y ahora, escucha, Germana mía, el final de nuestra entrevista, palabra por palabra.

Yo.—¿Piensa usted, mi querido maestro, que debo esperar algo para el premio Boisseau?

El maestro.—¡Después de un libro tal, mi buen amigo, no un premio, sino un sillón en la Academia! Loisillón no puede durar; Ripault no vivirá mucho tiempo. No se mueva usted, y déjeme hacer. Para mí, desde ahora, está presentada la candidatura de usted.

No recuerdo lo que dije ó contesté. Tan tur-

bado estaba, que me parece todavía estar soñando. ¡Yo, yo de la Academia!

Cuídate mucho, hermana querida; cura tus malditas piernas para que puedas venir á París y estés aquí el gran día para ver á tu hermano, la espada al cinto y la casaca verde bordada de laureles, sentándose entre cuanto la Francia cuenta de ilustre.

¿Lo ves? La cabeza me da vueltas. Te doy un beso y me voy á dormir.

Tu hermano que mucho te quiere,

ABEL DE FREYDET.

P. S. No creas que entre tantas aventuras he olvidado las semillas, los arbustos, los tiestos y demás encargos. Todo lo haré un día de éstos, porque todavía estaré aquí algunos más.

Astier-Rehu me ha encargado que nada diga, pero que frecuente los círculos académicos. Lo más importante es ahora dejarme ver.»

IV

—Desconfía, amigo Freydet. Conozco el timo; es el golpe de la pesca: en el fondo se sienten moribundos y se ven enmohecer bajo su cú-

pula. La Academia es un gusto que ha pasado de moda, una ambición que desaparece. Sus éxitos no son más que apariencias: por esto, de algunos años á esta parte, la ilustre Compañía no espera en su casa al parroquiano, sino que baja á la calle y pasea la acera. En sociedad, en los estudios, en las librerías, en los pasillos de los teatros, en todos los centros literarios y artísticos, te tropiezas al académico que va de caza y que sonriendo á los talentos principiantes que encuentra, les dice:—La Academia no le pierde á usted de vista, joven.—Si tiene algún nombre, si el autor lleva un par de tomos publicados, como te pasa á ti, ya la invitación es más directa:—Piense usted en nosotros, querido; llegó la ocasión.—O bien brutalmente, con un empujón afectuoso:—¿De modo que usted no quiere ser de los nuestros?—También se da el timo, pero más insinuante y más dulce, con el hombre de mundo, traductor del Ariosto ó fabricante de comedias de salón, á quien se dice:—¡Eh! Diga usted... ¿No sabe usted?...—Y si el hombre de mundo alega sus escasos méritos, lo poco que vale y que ha hecho, el pescador le suelta la frase consagrada:—La Academia es un sa-